

Los libros en Europa

La generación del 99, *García Martín, José Luis (ed.), Oviedo, Ediciones Nobel, Colección Clarín, 1999, 493 pp.*

Bajo este título se ofrece al lector una antología de los poetas españoles nacidos desde 1960 y que hasta el momento actual tienen al menos un libro publicado. García Martín nos entrega así una nueva antología que se añade a otras célebres realizadas por él mismo en los últimos veinte años, aunque no todas referidas a la misma generación. Aunque ya en *Selección nacional* (1995) reúne a poetas de esta misma promoción, la que ahora nos ocupa tiene la novedad de presentarse como antología más exhaustiva, tanto por la nómina de autores como por la extensión dedicada a cada uno. Que se llame «generación del 99» creo que se debe, sin más, al año en que se publica y a la fecha de aparición de los últimos libros recogidos: no creo que se trate de una fecha clave ni en la intención del antólogo ni en la realidad poética española.

Aludo a esta larga trayectoria de García Martín como antólogo porque en esta obra él mismo sale al paso (en el prólogo y en el epílogo, si bien con diferente enfoque cada uno) de críticas que viene recibien-

do casi cotidianamente desde hace bastantes años por la selección que hace de los autores. Sin poder entrar aquí en el análisis de su criterio antologador, he de reconocer que esta convocación de poetas me parece al menos bastante significativa y útil; desde luego, no la considero ni excluyente ni sectaria (y eso que a mí no me incluye, pese a haber nacido en 1967 y haber publicado dos libros de poemas en 1994 y 1996. Digo que no la considero excluyente ni sectaria –como a menudo se le achaca– porque no advierto una tendencia uniforme en cuanto a temas y técnicas expresivas: desde el irracionalismo de Pablo García Casado o Andrés Neuman a la serena dicción clásica de Antonio Manilla hay una distancia muy evidente. Lo que sí se observa, como es natural, es el reflejo de una sensibilidad concreta que se debe sin más a la época en que se inscribe: la necesidad de reflexionar sobre la experiencia cotidiana del yo poético es una reacción natural ante la falta de certezas universales tan propia de la posmodernidad; la necesidad de implicar expresamente al lector mediante una dicción confidencial y con frecuencia coloquial responde al ansia de comunicación íntima

tan aguda en el anonimato social dominante (nombrar el mundo e intentar crearlo radicalmente con su palabra, instaurando con la escritura una nueva ley universal, fue una actitud muy comprensible en la más plena modernidad, pero ahora la urgencia mayor del poeta no es la de distanciarse de la masa, sino la de sentirse semejante a ella y entablar con ella un diálogo inmediato); la consideración de las vanguardias históricas como un momento más de la larga tradición poética occidental, y no como una norma estética imperiosa, parece también congruente con la realidad de los hechos que nos ha tocado vivir a los poetas jóvenes. Tal vez haya un sector de la poesía española joven que, sin ser dominante, debería estar aquí representado (y no lo está), pues cuenta con algunos nombres de gran interés (Vicente Valero o Rafael-José Díaz, por ejemplo) y es consecuencia de la peculiar percepción de la realidad que naturalmente impone la condición insular —balear o canaria— en que viven estos autores. Por lo demás, se trata de un sector cuantitativamente reducido, si bien no esquivable.

Metodológicamente, el criterio de reducir la nómina de poetas (sin resultar escasa, pues son 28) en favor de la amplia sección dedicada a cada uno ha sido un modo de proceder de gran utilidad y que cumple

sobradamente los fines que se exigen a este tipo de antologías.

De cara al lector que busque sin más un gustoso encuentro con la poesía, advierto que el gran riesgo de esta sensibilidad epocal —no uniforme ni estrechamente amañada— reside en que la atención a la anécdota biográfica (real o ficticia) puede ir en detrimento de la trascendencia significativa que todo poema debe alcanzar. Este fenómeno se percibe algunas veces en el presente libro, incluso el lector puede acusar la excesiva reiteración de algunos temas y de ciertos escenarios coincidentes en un poeta y en otro. Creo que no es intención del antólogo y no siempre es índice de baja calidad poética, aunque sí en algunos casos.

De los autores nacidos con posterioridad a 1970, que son, en su mayoría, incorporados por vez primera a una selección, como es natural, sorprende la precoz y acendrada personalidad expresiva de autores como los jovencísimos Pablo García Casado y Andrés Neuman. También, por supuesto, Carmen Jodra Davó, que ha publicado un buen primer libro justamente reconocido, *Las moras agraces* (1999), pero que a mí me ofrece algunas dudas sobre el futuro de esta extraña voz que con dieciocho años ha conseguido revitalizar irónicamente muchos tópicos de la clasicidad poética. Lo que no sé es si en el futuro, una vez hecha esta original relectura de la

tradición, podrá reemplazar esos tópicos por otras propuestas. Ojalá se cumpla este ambicioso propósito.

Carlos Javier Morales

Memorias del secretado de Azaña, Santos Martínez Saura, edición de Isabelo Herreros Martín-Maestro, Barcelona, Planeta, 1999. 799 pp.

La publicación de las extensas memorias póstumas de Santos Martínez Saura (La Unión, Murcia, 1909-México D.F., 1997), secretario particular de Manuel Azaña desde 1935 hasta su muerte, supone la divulgación de información de primera mano que nos ayuda a matizar el conocimiento que hasta ahora teníamos del período republicano y de Azaña. Paloma Zubieta López, nieta de Santos Martínez, explica en una emocionada nota preliminar el interés que tenía su abuelo en ver publicadas estas memorias políticas –no encontramos infancia, juventud o análisis introspectivo, sólo su vida en función de la vinculación con Manuel Azaña– que le ocuparon durante años y en las que el editor Isabelo Herreros y ella misma colaboraron ordenando el diverso material que utilizan. Las memorias manejan, además de los recuerdos del propio

autor, discursos y textos autobiográficos de Azaña, debates en las Cortes Constituyentes de los años republicanos, informes, artículos de la prensa contemporánea y semblanzas favorables del presidente escritas por políticos e intelectuales. La dedicación metódica del escritor, aun en momentos de grave decadencia física, señala la importancia que suponía el texto para Martínez Santos.

Consciente de la trascendencia de su testimonio por la proximidad a Azaña, hace una declaración de principios fervorosa. El libro se dedica a matizar los sucesos más controvertidos de los años republicanos partiendo de un objetivo primero expresado con firmeza: «presentar el verdadero rostro del régimen nacido aquel 14 de abril» por medio de una apología de la «República incomprendida» [p. 21]. A partir de esta aspiración inicial, se dedica a revisar y matizar, aportando documentos y testimonios, los aspectos más criticados del gobierno republicano azañista. Explica y justifica la quema de conventos, la reacción del gobierno frente al golpe militar de Sanjurjo en agosto del 32, la naturaleza del bienio negro y la vilipendiada marcha del presidente con el fin de la República. Santos Martínez escribe para deshacer ciertos clichés que se querían consolidados al hablar de la República. Con lenguaje coloquial

—frases hechas, dichos populares—, hace gala de una ironía que en numerosas ocasiones demuestra la ira contenida en los años de su exilio en México y acude a la caricaturización, por ejemplo cuando describe a Franco como un «ambiciosillo general africanista, cauteloso y ruin» (p. 43). El capítulo final del libro recoge valiosos testimonios de 52 políticos e intelectuales que conocieron a Azaña. Así, encontramos el recuerdo de José Giral Pereira, Miguel Maura o Antonio Machado. Éste último escribió convencido en un prólogo a una serie de discursos de Azaña pronunciados entre 1937 y 1938 y que aparece recogido en las memorias: «Una buena enseñanza, entre otras muchas, hemos de sacar de nuestra República, en estos años terribles. España, la tierra de las negligencias lamentables, ha sido también el pueblo de los aciertos insuperables: supo elegir su Presidente.» (p. 720).

Las memorias de Santos Martínez Saura son, en definitiva, un meritorio documento que sigue muy de cerca, como no podía ser menos, los principios de Manuel Azaña que el autor nunca olvidó. El devoto secretario del que fuera figura clave de la II República se suma en este fin de siglo a un debate histórico-político que está todavía necesariamente abierto.

Blanca Bravo Cela

Mitología de los dinosaurios, José Luis Sanz, Taurus, Madrid, 1999, 206 pp.

En el género fantástico, algunos fenómenos prehistóricos están muy sujetos a convenciones. Lo reiterativo de esta secuencia de láminas no necesita demasiada aclaración: primero hallamos al homínido previo a la culpa —y a la escritura—, con ese soplo de auténtica cultura que lo sitúa en contrapunto con las bestias más escamosas, y después, el fluir de la botánica, sedimentado en el registro fósil. Pues bien, cuando se trata de reconstruir la historia de la evolución, los paleontólogos respetan el indicio y fijan estratos diferenciados, periodos y clasificaciones fiables, pero a la hora de rellenar lagunas, escritores y cineastas vienen a ponerse en el camino con un compromiso espontáneo: si la selección natural darwiniana no presenta criaturas lo bastante formidables, habrá que inventarlas. Desde la misma esquina, la criptozoología incita la vanidad de quienes buscan una explicación de tipo científico para el plesiosaurio del lago Ness y otras curiosidades de feria.

Puesto que sólo se trata de imaginar, aunque el currículo evolutivo del hombre no coincida en su calendario con el de los dinosaurios, en cierto modo nos alegra que se apaguen las luces —léase la ciencia— para vivir el encuentro del hércules